



# BOLARAM

*Por Ada Albrecht*

**P**ara llegar a Dios, Nuestro Señor, la única sabiduría imprescindible, es la del corazón, o sea la capacidad maravillosa de amar. Es inútil que la criatura humana busque llegar a lo Absoluto por los caminos del conocimiento. Lo que es una brizna de paja comparada con el esplendor misterioso del bosque, eso mismo es la más grande sabiduría humana comparada con la Conciencia Infinita de Dios.

¿Qué pueden a Él importarle nuestros razonamientos mentales, nuestras especulaciones? El conocimiento humano, granito de arena de Su inmenso mar, pasa de modo invisible ante Sus ojos que sólo se conmueven cuando desarrollamos esa misteriosa capacidad de Ser, que es la Devoción.

Como nos enseña el *Bhagavad Gîtâ*:

“Ni el conocimiento de los Vedas, ni los grandes sacrificios, ni las fastuosas limosnas pueden alcanzarme: tan sólo la devoción de mis criaturas, hace posible que Yo me manifieste”<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> *Bh. G. XI, 53 y 54.*

Por eso, todas las Religiones y sus Maestros enseñan una y otra vez que debemos amar a Nuestro Señor; no pensar: amar. Buscarlo a través de la razón es perderlo definitivamente. De algún modo, la razón es un diálogo con las ideas... mientras que la Devoción amorosa hacia Dios, es un diálogo con Él Mismo que efectúa el corazón, postrado ya para siempre, ante la Suprema Realidad.

En la religión cristiana nos emociona profundamente leer sobre devotos iletrados, pastorcillos y campesinos que nada sabían de ciencias ni filosofías, y que sin embargo llegaron fácilmente a los pies de nuestro Padre por el camino santificado del Amor. Tal es el caso, por ejemplo, de San Cristóbal, cuya figura mística impacta profundamente en el alma del lector. En India, la patria de los santos por excelencia, la de los místicos, maestros, y hombres plenos de Verdad, las historias sobre ellos son casi infinitas. En cada recodo del camino, en cada una de sus centenares de miles de aldeas, en cada pueblo o ciudad, se narran las vidas de santos y santas. Los mismos suman millones en esa tierra bendecida donde se tiene conciencia de que el fin capital de nuestra estadía en la Tierra es precisamente la búsqueda de Dios Nuestro Padre y Señor. Se dice que quien no lo anhela no vive una vida humana, sino simplemente la de su mente gobernada por sus instintos, como son las vidas de las criaturas animales.

Suman pues, miles de miles las historias de santos. De ellas, vamos a narrar ahora la de Bolaram, un discípulo de otro santo famoso, Samartha Ramadas<sup>1</sup>. Este discípulo de nuestra historia, era absolutamente analfabeto. Desconocía tanto que incluso ignoraba el concepto básico sobre las imágenes divinas que se encuentran en los Templos. Una cosa sí había aprendido: a amar a su Maestro, Ramadas, como si este fuera Dios mismo.

Sabido es la altísima estima que se tiene en India por aquella alma sagrada que guía nuestros pasos en el Sendero hacia Dios, y que llamamos Maestro. Así, Bolaram, que se juzgaba a sí mismo muy pequeño como para llegar a los pies de loto del Padre Celeste, amaba infinitamente a su Maestro, a quien sentía en su corazón como medio y camino que lo conduciría, a su debido tiempo, hasta Dios.

Sólo esto sabía: que su amor por el *Guru* debía ser tan incommensurable como la Esencia del universo.

Si Ramadas le ordenaba quedarse una noche entera con los pies en la nieve, Bolaram se sentía el más feliz de los mortales obedeciendo la orden de su Maestro. Si era sometido a una

---

<sup>1</sup> Un célebre santo hindú del S. XVII dC. Fue un gran místico, músico, poeta y un Maestro de la *Vedânta Advaita*. Uno de sus tratados más conocidos es el *Dâsbodh* o “Consejos a los discípulos”, donde brinda instrucciones acerca de la devoción y el Conocimiento Espiritual. También compuso muchos cantos devocionales. Fue un gran devoto del Dios Hanuman y del Señor Rama.

semana de ayunos, sus ojos sólo sabían derramar lágrimas de felicidad y agradecimiento.

Cierta vez en que su Maestro se hallaba en meditación en la cima de una lejana montaña, no vaciló, mañana tras mañana, en subir la escarpada cuesta llevando sobre sus espaldas un gigantesco pote con agua, a fin de que Ramadas no se viera privado ni siquiera un solo día de sus baños y abluciones.

Otra vez, en que la corriente del río era extremadamente peligrosa a causa de una inundación que asolaba el lugar, impidiendo el paso de las embarcaciones, llevó a su Maestro de una a otra orilla sobre sus hombros sin que hubiera fuerza en el mundo que pudiera convencerlo que hacer eso era una locura.

Bolaram tenía la totalidad de su mente y de sus sentimientos concentrados en su Maestro, razón por la cual, su naturaleza se tornó tan pura y trasparente como un diamante, ya que no convivía con nada del mundo, sino que habitaba en la Casa bendita de la Devoción.

Cierto día, en que Ramadas debía salir con sus discípulos a una peregrinación hacia Kashi, la sagrada ciudad de los hindúes, quedó Bolaram encargado del cuidado del Templo. En el mismo había dos imágenes maravillosas, de Rama y Sita.

—Has de cuidar el Templo —le dijo su Maestro—, y ofrecer a ambas imágenes de Dios Nuestro Señor, el alimento cotidiano a fin de que este sea bendecido<sup>1</sup>.

Bolaram, que como ya dijéramos, nada sabía de sagradas imágenes, tomó al pie de la letra las palabras de su *Guru*, preparó del mejor modo que pudo la comida, y la ofreció a los divinos residentes del Templo. Ofrecer, para la mente simple de Bolaram, era ingerir; las dos estatuas pues, debían comer el alimento, tal como lo haría cualquier criatura humana. Quedóse pues, con sus manjares, ante las imágenes divinas, y como viera que estas no hacían el menor movimiento para servirse de ellos, comenzó a llorar amargamente diciendo que de ese modo, estaría en falta ante su *Guru*. Él le había dado la orden de ofrecer el alimento a Sita y Rama. ¿Cómo era que éstos se negaban a comerlo?

Quedaba una única solución: Si seguían empeñados en abstenerse de probar bocado, Bolaram terminaría con su vida allí mismo, destrozándose la cabeza contra las piedras del Templo. Para él, faltar a una orden de su *Guru*, era faltar a la Vida misma.

---

<sup>1</sup> El ofrecimiento diario de alimento ante el altar de las imágenes de los *Devas* es parte muy importante de las ceremonias sagradas de India. Una vez ofrecido, el alimento así santificado pasa a llamarse *Prasad*, es decir, un alimento ofrendado a Dios. Ese alimento, pleno de bendiciones divinas, luego es distribuido entre los devotos y los peregrinos. Algo similar ocurre con el agradecimiento a Dios que realizamos antes de ingerir todo alimento.

Su sinceridad era tan cristalina y sus intenciones tan santas que lo que no pueden lograr las grandes austeridades, ni el estudio de los Libros Sagrados, esto es, la manifestación de Dios Nuestro Señor, lo logró Bolaram: ¡Sita y Rama comieron el alimento ofrecido por él!

Como no quedaba nada del mismo, Sita, la Madre del Mundo, Señora amantísima de Sus criaturas, decidió cocinar unos ricos panqueques para Bolaram. Al ir a ofrecérselos a este, Bolaram exclamó en el colmo de la felicidad:

—¡Son justo la clase de dulces que encantan a mi Maestro Ramadas! ¡Antes de probarlos, debo bendecirlos dándole a gustar primero a él! ¡Y sin reflexionar que le sería difícil alcanzar a su Maestro, quien ya llevaba andando varias millas, dióse a correr por los caminos con el plato en alto y la alegría estallándole en el corazón!

—Es inútil detenerlo —se dijo Sita, llamando entonces a Hanuman<sup>1</sup> y dándole las indicaciones necesarias para que, cargándolo sobre sus divinas espaldas lo llevase junto a Ramadas.

Una vez frente a su *Guru*, y absolutamente inconsciente del prodigio divino que hiciera posible su encuentro con Ramadas, Bolaram le dijo:

---

<sup>1</sup> El sabio y poderoso Dios de la Devoción, quien tiene el aspecto de un mono.

—No sabes Maestro el trabajo que me dieron esos dos huéspedes que dejaste en el Templo; me refiero a Sita y Rama. Tuve que decirles que me iba a matar si no comían para que por fin se determinaran a hacerlo. Tienes que tener en adelante, mucho cuidado y estudiar mejor a las personas que admites en ese lugar sagrado, aunque tu corazón compasivo te inste a admitir a todo el mundo, no creo que debas hacerlo. Mira si no, como te cuento, el trabajo que me dieron estos dos. Ahora los dejé cuidando el Templo mientras venía a traerte los panqueques. El camino se me hizo mucho más corto, gracias a este mono que enviaste en mi ayuda.

Luego Bolaram continuó hablando, absolutamente inconsciente de la divinidad de Nuestro Señor de la Devoción Perfecta, que encarna, precisamente, la figura de Hanuman.

Ramadas, que sí conocía la verdad de todo lo que había acontecido gracias a su extraordinario poder espiritual, vertió su propio corazón transformado en lágrimas ante este milagroso suceso, y luego pronunció las siguientes palabras:

—Debemos aprender —dijo a sus discípulos—, que el ascenso a Dios, Nuestro Padre, se da a través de la misteriosa magia del Amor. ¡Cuántas son las puertas que abre su santificada energía! ¡Cuántos los muros que derriba con su poder!

Y así, a través del tiempo, esta historia de Bolaram el devoto, llegó a oídos de hombres y mujeres ilustres que tomaron ejemplo de esta vida sin par, vida de humilde sencillez, para encauzar más divinamente las suyas, y más ajustadas al Plan de Dios, que no nos pide que seamos intelectualmente ilustres, sino que tengamos un corazón enamorado de Su Resplandeciente Ser.

*Del libro Santos y enseñanzas de la India, Ed. Hastinapura*

---